



Rolando con una de las creaciones de su padre Gerardo

No se considera un artista y, sin embargo, ahí está en su taller, pincel en mano, dando forma a letras, cintas, flores y demás ornamentos que mantienen viva una de las expresiones artísticas más arraigadas en la cultura popular argentina: el fileteado porteño. Rolando Bianchi, de él se trata, tiene 38 años y pasó más de la mitad de su vida entre chapas, pinceles y tarros de pintura. Fiel heredero de una técnica que se resigna a desaparecer y de personajes como Canatelli, Miotti y Montero, que supieron mucho de eso de embellecer la ciudad con sus diseños, Rolando, sin embargo, es el continuador de una tradición familiar iniciada por su padre Gerardo, uno de los fileteadores más reconocidos en la historia platense.

"Todo lo que aprendí, lo aprendí de mi viejo, mirándolo", reconoce Rolando. "Él puso su primer taller en

1949 y yo lo ayudaba desde que tenía trece años. Después, en el '92 mi viejo se jubiló y puso el taller a mi nombre, aunque seguía haciendo unas cositas.

Rolando empezó a filetear a los trece años, ayudando a su padre. Ya lleva veinticinco en el oficio

Pero desde que falleció, en 2000, tengo la responsabilidad de mantener la base, la conducta y la calidad de trabajo que él tenía: ése es mi mejor homenaje", aclara, como si hiciera falta.

Un poco de historia

Nacido y criado en Bavio, Rolando Bianchi aún continúa viviendo allí y viaja todos los días hasta La Plata, como desde hace veinticinco años. A las

Un artista internacional

El trabajo de Rolando Bianchi ha trascendido las fronteras no sólo de la ciudad sino del país, y su obra es reconocida en España y Estados Unidos. "Una vez hice un trabajo que no sé cómo fue a parar a España. Después, de boca en boca, allá preguntaban de dónde era y así vinieron varias personas recomendadas". En 1997,

Rolando también hizo trabajos para la película *Siete años en el Tíbet*, que con Brad Pitt y compañía filmó

varias escenas en La Plata. "Hice carteles dentro de la estación de trenes, en los vagones y las boleterías", recuerda. De esa experiencia guarda una anécdota: "Me pidieron que hiciera un dibujo en el respaldo de la silla de Brad Pitt, que era de tela. Pedí un pincel y un poco de pintura y lo hice, pero los tipos no me creían que lo había hecho a mano; ¡me preguntaban dónde guardaba el aerógrafo!".

Rolando Bianchi, fileteador

El exponente de un arte

Fiel heredero de la labor iniciada por su padre, Rolando Bianchi tiene 38 años y pasó más de la mitad de su vida como representante de una tradicional expresión artística que se resiste a caer en el olvido: el fileteado porteño



La técnica

El primer paso es el dibujo sobre unas planchuelas de papel manteca, las que se agujerean con un rodillo o punzón y luego se espolvorean sobre la chapa, para que quede marcado el motivo. Acto seguido, se procede a calcar la figura simétricamente y realizar la misma operación. Una vez completo, el dibujo se pinta con pincel fino, a mano alzada, lo que puede llevar varios días. Una vez seco, se le da una mano de barniz, que ayudará a darle brillo y conservar el fileteado.



recuerda un regalo original: "Una vez vino uno que quería retratar al suegro. Como él sabía dibujar, le dejé el espacio para que hiciera el retrato y después lo terminé con unos ornatos".

Eso sí, un fileteador, por más que quiera, jamás hace dos motivos iguales. "Nunca se repiten los diseños, aunque tengan el mismo estilo. Las letras no se repiten ni están en ningún catálogo, sino que se van creando en el momento, de acuerdo a lo que vas a hacer. Es ahí cuando se decide qué ponerle a cada cosa".

Cada trabajo de fileteado es especial y necesita de mucha dedicación, ya que cuenta con varios pasos. Primero hay que preparar la chapa, que va con un bastidor de madera o sola, para enmarcar o clavar. Luego viene el dibujo y el calco, la pintura con esmalte sintético (porque es resistente a los exteriores e intemperie) y, finalmente, un barnizado para que reluzca y le dé protección. "Tenés que tomarte tu tiempo y estar tranquilo. A medida que vas haciendo el trabajo lo vas mirando, vas creando, lo acomodás, volvéis más tarde, lo retocás, lo dejás para mañana... Si un día me inspiro, me pongo a hacer el trabajo, si no, no se puede", cuenta Rolando.

Un arte difícil de aprender

Quizás ésta sea una de las razones por las que este arte se ha ido perdiendo, aunque aún quedan algunos entusiastas con ganas de aprender su tradi-

ción de boliches, y eso a la gente le gusta y lo copia".

Para sus trabajos, Rolando no tiene motivos preferidos. Pueden ser Gardel, la Virgen, caballos, figuras, dichos populares, frases o nombres: el cliente pide y el artista cumple. "La gente dice el texto o la figura que quiere poner, pero el diseño corre por cuenta del fileteador; el ornato lo vas manejando a lo que vas a hacer, qué le iría mejor a cada uno. Dependiendo del espacio que tengas, podés poner cualquier cosa", se entusiasma Rolando y, entre risas,

Un estilo propio

Sin relación alguna con el tango ni con otras costumbres populares que son fuente histórica de inspiración para el fileteado, Bianchi trata de conservar un estilo que se verá reflejado en casas antiguas, artículos de decoración o sulkys con destino de exposición. "Yo no expongo mis trabajos, sino que los hago todos con una utilidad. Pueden ser artículos viejos que se restauran para ir a remate o también cuadros para regalar", comenta, y reconoce que "hoy por hoy está un poco de moda todo lo antiguo, con bares y restaurantes con estilo de antaño o de campo. Hay mucha restaura-



Rolando viaja desde Bavio para trabajar en su taller de Plaza Alsina

platense bien porteño



cional técnica, que no es nada fácil. "Por ahí vienen chicos que tienen que preparar trabajos para Bellas Artes y les gusta, y hay otra gente que viene y me dice 'quiero aprender', pero no se puede de un día para el otro", argumenta Bianchi y narra su propia experiencia: "Yo primero empecé a armar carteles y a fondear, después a marcar las letras, luego a hacer bosquejos de letras grandes para rellenar, a tomarle el pulso al pincel, a trabajar letras a mano alzada. Se empieza con cuadrículas, carteles y ampliaciones. Recién después hay que pensar en

filetear". A pesar de que hay cursos cortos y talleres que enseñan fileteado, Rolando asegura que se necesita mucho tiempo para aprender. "Tal vez años, lleva mucho tiempo y te tiene que gustar".

Y siempre recordando la memoria de su padre Gerardo, Rolando rememora sus primeros pasos. "Yo salí de la primaria y me gustaba la electrónica, además de lo que hacía mi viejo. Así que me anoté en una escuela técnica, aunque quería acompañar a mi viejo al taller. Pero él iba y le preguntaba al profesor cómo me iba en la escuela,

porque si no andaba bien, no me dejaba venir", recuerda, y sigue: "Una vez en el taller, yo dibujaba y él me borraba todo: 'hacelo de vuelta', me decía. Así varias veces, y ésa era la forma de aprender. Mi primer trabajo solo fue un camión de mudanzas, en el '81, cuando mi viejo ya vio que andaba bien".

A pesar de haberse recibido como técnico en reparación de televisores, Rolando nunca trabajó de eso, sino que aprendió a ganarse sus primeros pesos al lado de su padre. "Se lo quiero transmitir a mis tres hijos", dice y se entusiasma: "El de nueve años dibuja bárbaro y pinta bien a mano alzada, pero hay que dejarlo que decida solo". Por ahí, quién dice, la tradición fileteadora de la familia Bianchi continúa por varias generaciones más.

El Fileteado

El fileteado porteño es un arte decorativo y popular nacido a principios del siglo XX en la ciudad de Buenos Aires. Tuvo su origen en las fábricas de carros donde los pioneros del oficio, trabajando en la ornamentación de esos vehículos, crearon este género. Pero la historia conocida del fileteado está construida sobre la recopilación de testimonios de los maestros de este oficio. Al igual que en el tango, no hay un primer artista ni una fecha exacta que permitan determinar con exactitud el inicio de esta práctica, pero los testimonios coinciden en que fueron tres inmigrantes italianos los que desarrollaron casi contemporáneamente el fileteado, trabajando en las diferentes carrocerías existentes al inicio del mil novecientos: Cecilio Pascarella, Vicente Brunetti y Salvador Venturo, quienes posteriormente tuvieron como primeros continuadores a sus propios hijos. La decoración fileteada de los carros en Buenos Aires comenzó con la ruptura del gris municipal que los caracterizaba, al serles pintados los laterales de otro color, divididos ambos por una delgada línea en un tono más intenso o contrastante: el filete.

A partir de allí, fueron surgiendo los diferentes motivos que más tarde conformarían un vasto repertorio que lo caracterizaría: Carlos Gardel y otros ídolos populares; la imagen de la Virgen de Luján, protectora de los viajeros; cintas argentinas;

dragones, que custodiaban puertas y guardabarras; flores (las de cinco pétalos son las más tradicionales, aunque las hay también de lirio, amapola y campanita); además de volutas, hojas de acanto, bolitas, perlas y líneas rectas y curvas de diferentes grosores, que se fueron combinando con escenas campestres. Los textos también formaban parte de la composición del fileteado, con frases acuñadas por la sabiduría popular. En la década del '40 el fileteado adaptó sus formas a los nuevos vehículos que iban sustituyendo al carro: los camiones y los colectivos. Poco después, comenzó la desaparición del fileteado en los vehículos debido a las sucesivas crisis económicas, a los nuevos usos y a una reglamentación de 1975, que prohibía filetear los colectivos por considerar que distraían al resto de los conductores. Pasada ya su época de esplendor, el fileteado porteño continúa en nuevos contextos como el diseño y la publicidad, sin dejar de representar los valores socioculturales del habitante de Buenos Aires.



Homenaje a Vucetich

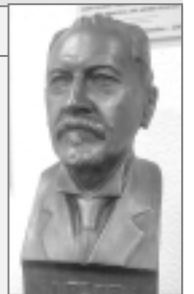
En conmemoración del 79° aniversario de la muerte del sabio dactiloscopista, se realizó un acto en el Museo Policial, a cargo de la Fundación Juan Vucetich. La ceremonia contó con la presencia de autoridades policiales y hasta se interpretó una obra musical original del creador del Sistema Dactiloscópico Argentino



María Teresita Bianchi Vucetich y Nitai Italiano, nieta y tataranieta del homenajeado

Juan Vucetich

Nació en Dalmacia (actual Croacia, el 20 de julio de 1858), emigró hacia la Argentina a los 24 años y, en 1888, ingresó en la Policía de la Provincia de Buenos Aires. Desde allí realizó una intensa labor científica, fue jefe de la Oficina de Identificación y creó, en 1896, el "Sistema Dactiloscópico Argentino", para la identificación de las personas en base a sus huellas dactilares.



Este sistema fue adoptado por el Congreso Nacional para cumplir con la ley de enrolamiento y dirigió el primer Registro General Provincial de las Personas. Su tarea es reconocida en el mundo entero. Falleció el 25 de enero de 1925 en la ciudad de Dolores. Además de haber sido un destacado científico, Juan Vucetich también fue escritor, músico, mutualista, bibliotecario, y perito dactiloscópico del Poder Judicial.



El Dr. Atilio Milanta, presidente de la Fundación



Se proyectó un video sobre el primer caso de una persona detenida gracias al sistema de Vucetich



Un pasaje del acto homenaje a Vucetich